

La crítica

Diego Andrés Arango Díaz

El sonido de las burbujas que reventaban sin cesar en la olla donde se cocinaban las papas resonaba por toda la cocina. Sobre un mesón había varias vasijas con vegetales finamente picados y a un costado de estas había algunos frascos con diferentes aceites y salsas. En una sartén un filete de mero se doraba lentamente acentuando así su sabor. Sobre las paredes, diferentes tipos de ollas y sartenes colgaban esperando ser usados. En el suelo yacía un cuchillo untado de sangre. Este era el lugar preferido de Martín. La cocina de su casa.

Martín era el despierto, inteligente y perspicaz hijo de una secretaria y un carpintero, y siempre había soñado con convertirse en un chef profesional, y a sus 18 años, luego de haber trabajado por 2 años lavando platos y haciendo aseo en el renombrado restaurante del Chef Pedro Ibáñez, había logrado completar el dinero necesario para ingresar a estudiar gastronomía.

Para ese momento, el ambiente dentro del mundo culinario se encontraba consternado por la misteriosa desaparición del Chef Ibáñez, a quién por haber compartido durante esos años, Martín apreciaba mucho. El Chef Ibáñez, quién era sin duda uno de los mejores del país, era un hombre cordial y generoso, pero como muchas de las grandes mentes creativas tenía una gran debilidad, el alcohol. Una buena mañana los empleados del restaurante llegaron a trabajar como siempre pero en vez de encontrar al chef encontraron una breve nota donde explicaba que él debía alejarse de todo lo que conocía para así poder curarse de su adicción y a su vez pedía el favor de no ser buscado. Algunas personas pensaron que la nota era sospechosa, por lo que la policía investigó el caso sin obtener ninguna respuesta al mismo. Martín incluso se ofreció como voluntario para ayudar con las pesquisas, pero la policía no tuvo en cuenta dicho ofrecimiento.

Desde ese primer día de clases Martín se destacó entre sus compañeros por su entusiasmo y disposición para aprender. Siempre era el primero en llegar a clase y luego de finalizar el día académico siempre iba a casa a estudiar y a encerrarse en la cocina a practicar las nuevas técnicas que había aprendido durante el día. De todas las clases que él tenía la que más le gustaba era una llamada “El Conversatorio”, en la cual durante dos horas un conferencista, usualmente un chef, un crítico o un *restaurateur*, era invitado a dar una charla a los estudiantes de primer año para que con sus palabras ellos tuvieran nociones mucho más claras de la profesión y del negocio en el cual se estaban involucrando. Martín, fiel a su pasión por la cocina, lograba sentarse siempre en las primeras filas del auditorio donde esta clase se llevaba a cabo.

Como era costumbre, ese día de “El Conversatorio”, Martín se encontraba sentado en el auditorio esperando la charla del invitado de turno: Federico Román, un renombrado crítico culinario y docente de la escuela que a lo largo de los años había establecido una sólida reputación con sus críticas. Todos dentro del medio sabían que el señor Román poseía un muy difícil

carácter. Era huraño, arrogante, egocéntrico y algo despectivo, pero en definitiva era el mejor en su oficio.

Algunas personas aún ingresaban al auditorio mientras uno de los docentes de la escuela daba una pequeña introducción de la trayectoria del señor Román. Martín mientras tanto esperaba con algo de ansiedad la aparición del aquel hombre. Finalmente las palabras del docente dieron paso a la entrada del señor Román. Por una de las puertas laterales al escenario del auditorio salió un hombre de poco más de 50 años, de baja estatura y con algo de sobrepeso. Su rostro, adusto, reflejaba su carácter. Tenía una mirada escudriñadora y penetrante, como si estuviese juzgando todo y a todos. Su caminar que, más que caminar, parecía levitar, era lento. Eventualmente, luego de recorrer unos 20 metros el señor Román llegó hasta el escenario donde saludo al docente para luego tomar el micrófono y empezar su charla. Comenzó hablando de la importancia de respetar los productos para luego continuar con los parámetros que el usaba a fin de criticar tanto los platos de los chefs, como sus restaurantes. En ocasiones detenía su relato para tomar un sorbo de agua y mientras lo hacía, sus ojos se desplazaban minuciosamente por los rostros de los presentes. En una de estas breves pausas la mirada del señor Román se cruzó con la de Martín. Mientras la una era fría y dura, la otra era tierna y sagaz. Martín se sintió muy incómodo en ese breve instante. Las dos horas de la charla fueron transcurriendo en medio de sus palabras mientras Martín tomaba atenta nota de lo dicho, hasta que finalmente el señor Román finalizó su charla diciendo: “Y por último, tienen que estar dispuestos a hacer lo que sea por triunfar sin importar nada ni nadie. Aunque viendo sus rostros, dudo que alguno de ustedes lo logre”. La expresión de todos los presentes demostró el gran inconformismo y franca repulsión ante su último comentario, mientras en el rostro del señor Román se dibujó una leve sonrisa ante la reacción. Se despidió con un cortante adiós y se alejó con el mismo caminado con el que se había dirigido al escenario. Al docente que al inicio había hablado le tomó algunos segundos reponerse de las últimas palabras del señor Román, tras lo cual tomó el micrófono y se dirigió a la audiencia manifestándoles que la clase había terminado. Rápidamente los estudiantes empezaron a abandonar el auditorio mientras Martín buscaba en sus notas un dato que necesitaba. Revista “Vida Gourmet” –leyó en voz baja-. Con rapidez tomó sus pertenencias y al igual que los otros estudiantes salió del auditorio.

Las personas caminaban por la calle tratando de huir de la lluvia o refugiadas bajo sus paraguas y el sonido de las llantas pasando por los charcos

dejados por la misma le recordaban a Martín el sonido de un bistec tipo *New York strip* puesto sobre la sartén para que se selle. Él a su vez caminaba bajo el resguardo de su paraguas mientras se dirigía a un puesto de revistas que él conocía. A su llegada al puesto se encontró con un anciano de cara amigable que trabajaba ahí. Martín le dijo que quería comprar la más reciente edición de la revista “Vida Gourmet” puesto que él estudiaba culinaria y quería leer unos artículos específicos. Muy amablemente el vendedor se la entregó y le dijo que aún le quedaban 4 ediciones anteriores de esa revista y que en 2 días más llegaría la última edición. Martín con entusiasmo le preguntó el valor total de todas las revistas y al escuchar el precio sacó de su bolsillo el dinero, tomó las revistas con alegría, las guardó en su mochila, se despidió del vendedor y se dirigió presuroso a su casa. ¡Deseaba empezar a leer inmediatamente!

Una vez se encontró en su hogar se dirigió rápidamente a su habitación. El interior de esta tenía una cama sencilla perfectamente tendida, una biblioteca casi llena de libros, en su gran mayoría relacionados con el mundo culinario, una mesa de noche, un escritorio con una gran lámpara y una silla frente a este. Martín arrojó la maleta sobre la cama y con celeridad sacó de su interior las revistas que acababa de comprar, tomó la más antigua y buscó la crítica del señor Román. En primera instancia y sin haber leído nada de la misma le pareció muy corta pero asumió su alta calidad.

“Restaurante La Sartén -empezó a leer Martín en voz alta-. Existen restaurantes dignos de estrellas Michelin, dignos de entrar para que la comida acaricie nuestro paladar y juegue con nuestras papilas gustativas, y también existen restaurantes donde comer es el castigo que Dios, iracundo, impondría a los humanos pecadores. Bienvenidos al restaurante La Sartén, o mejor, bienaventurados al irnos. Primero, la decoración del local carecía por completo de personalidad y el concepto en torno al cual el restaurante fue ideado me hacía pensar en su futuro, inexistente.

El menú se componía de una excesiva variedad de platos. Para empezar, unas escalopas de corvina en salsa de arveja y flores de caléndula. El primer bocado me obligó a imaginar que así habría de sentirse morder un hueso de carnaza para perro. Primer sorbo de agua para lavarme la boca. Me pasan el segundo plato, filete con salsa de jalapeño. Se resume diciendo: mejor fin habría tenido la vaca de haber contraído la enfermedad de las vacas locas. Segundo sorbo de agua y el sabor no se va. Tercer y último -gracias a Dios- plato de la tortura. Pechugas de pollo en salsa de romero y naranja. El pollo sobre cocido,

fin. Pero la salsa resultó ser de gran elaboración, lo cual agradecí ya que a esas alturas del suplicio ya temía por empezar a tener arcadas. Como restaurante y cocineros son unos excelentes zapateros.”

El señor Román definitivamente era muy bueno en su oficio, y sí, era igual de grosero en sus escritos como en persona –pensó Martín-. Pero sin darle mayor relevancia a su opinión acerca de él, cerró la revista, tomó la siguiente, buscó la crítica del señor Román y empezó a leerla. El título de ésta era: “Restaurante Amor Mediterráneo”. Martín continuó leyendo la columna en la cual el señor Román se despachaba una vez más en críticas que parecían destinadas a destrozarse tanto el nombre del restaurante como el de sus empleados. Una vez finalizada su lectura la cerró y pensó en leer la siguiente crítica pero recordó que debía realizar un par de tareas para el día siguiente, por lo que tomó uno de sus cuadernos de clases y con mucho juicio se puso a hacerlas. Así transcurrieron las horas hasta que, ya entrada la noche, Martín se acostó a dormir.

Las clases al día siguiente transcurrieron en medio de los maravillosos aromas de todas las comidas que él aprendía a cocinar, los cuales hacían que su alma sonriera con la amplitud del abrazo de una madre amorosa. Su hambre de conocimiento había hecho que él llevara la tercera de las revistas en su maleta para leerla en cuanto se desocupara de sus actividades académicas.

El último piso de la escuela tenía una amplia terraza decorada con pequeños pinos y flores de azahar distribuidos cuidadosamente en macetas. El suelo era una sola plancha de concreto pulido con algunas áreas cubiertas con pasto sintético. En el centro de esta había una cómoda cafetería y alrededor de la misma varias sillas y mesas para sentarse a comer algo o simplemente a tomar el sol. Martín se encontraba en una de esas mesas finalizando la última de sus tareas. Quería terminar pronto para así poder dedicarse a continuar leyendo las críticas del señor Román. Cuando hubo terminado con sus tareas guardó con cuidado sus cuadernos y libros en la maleta y sacó la revista. Era la hora de continuar.

La primera impresión que le dio la nueva crítica fue de ser mucho más corta que las dos anteriores, extrañamente corta de hecho. Sin retraso empezó a leerla mentalmente.

“Restaurante La Alegría.

El interior del establecimiento simplemente me llenó de una profunda rabia desde ingresar, una rabia que rayaba con la provocada por la traición. Su concepto, infiel a su nombre. Con dos platos probados fue suficiente para saberlo todo. El primero, salmón al horno con tomates, espinacas y hongos. Repugnante. El segundo, solomillo al whisky. La carne, cruda, pero la salsa de whisky alivió el profundo dolor de tener que haber ido a ese restaurante. ¡Nunca más!”

Martín cerró la revista sin saber bien qué acababa de leer. Era una crítica, pero era tan corta y su escritura era tan diferente a las dos anteriores, tan diferente a una crítica culinaria formal que él quedó aún con más ganas de leer la siguiente para saber si esta había sido solo un descache.

El trayecto a su casa, el cual usualmente aprovechaba para repasar o pensar en lo que había aprendido durante el día, transcurrió entre preguntas y cierto desasosiego frente a la última crítica del señor Román y por más que trató de concentrarse en algo diferente no pudo sacar esos pensamientos y dudas de su cabeza.

A su llegada a la casa se dirigió directamente a su habitación para buscar las siguientes dos ediciones de la revista y leer las críticas. Necesitaba aclarar qué estaba sucediendo. Se recostó en la cama y empezó a leer la primera de las dos.

“Restaurante Sopas y Bandejas.

No hube bien dado dos pasos al interior del establecimiento para empezar a idear alguna forma de venganza contra mi editor por hacerme ir a este. Nunca supe cuál era el concepto del lugar, la verdad. Y sin más preámbulo afronté la realidad, era hora de comer. Primero una crema de mozzarella al huevo con tartar de tomate. Aún me pregunto cómo hicieron para arruinarlo. Y el segundo, pollo al curry con piña y arroz, empecé a desear morir en ese momento. Conclusión: los momentos más deprimentes de mi vida.”

Sin detenerse realmente a pensar y a analizar lo que acababa de leer, Martín tomó la segunda revista que le quedaba y empezó a leer la última crítica que tenía en su poder.

“Restaurante Sabor del Mundo

Solo tuve que ver la fachada del restaurante para indisponerme automáticamente. Sabía lo que debía hacer, así que sin pensar demasiado en ello lo hice. Nada al interior del local me gustó, verlo me provocaba una ira visceral. Era hora de comer, o mejor, de ser torturado. Primer plato, pulpo estofado en vino tinto. Plato mal preparado y un franco irrespeto con el pulpo. La rabia crece. Segundo plato, costillas de cerdo agridulce. Solo puedo decir que el plato me hizo propenso a matar a alguien. La experiencia me hizo hervir la sangre.”

Martín cerró la revista lentamente y la puso sobre su pecho. Pasó unos minutos en medio del silencio de su habitación y en medio del silencio de su mente. Repentinamente todo empezó a tener sentido para él. Se levantó rápidamente de su cama impulsado por su hipótesis y comenzó a leer las críticas nuevamente desde la que había leído en la terraza de la escuela. Las leyó todas 2 veces más.

La desazón, fruto de lo que creía que había descubierto, no permitía que Martín conciliara el sueño. A veces se levantaba e iba a la cocina, tomaba agua, regresaba a la cama y trataba de dormir pero no lograba hacerlo. Mientras tanto su hallazgo se fortalecía en su mente. Todo tenía el más claro de los sentidos.

Al despertar a la mañana siguiente Martín tomó una decisión que para sus parámetros era bastante inusitada. Ese día faltaría a clases.

Salió presuroso de su casa rumbo al puesto de revistas del amable anciano y una vez se encontró ahí le pidió que le vendiera la última edición de “Vida Gourmet”. El anciano le entregó la revista a Martín y pudo ver la ansiedad en el rostro del joven. Martín la tomó y sin siquiera pagar, la abrió frente al anciano y empezó a leer.

“Restaurante 7 Cucharadas

Desde el ingreso al establecimiento supe qué la experiencia sería maravillosa. La disposición del comedor permitía ver la

cocina y al chef. El concepto era diáfano y calmo. Con buena disposición recibí el primer plato. Gazpacho de tomate y pepino. Un plato tan fresco que me hizo sonreír. Segundo plato, pollo asado al carbón. Con extremo placer clave el cuchillo en el ave para luego deleitarme con su sabor. Y como toda la experiencia había sido tan placentera pedí postre, torta negra del diablo. Exquisita. Conclusión: el chef dio su vida para mi placer.”

En ese instante, en ese puesto de revistas y frente al amable anciano, Martín confirmó su sospecha. Sacó de su bolsillo un billete, se lo entregó al anciano y salió presuroso sin esperar el cambio o sin siquiera despedirse.

“Profesor Federico Román”, leyó Martín en el letrero junto a la puerta cerrada de la oficina del señor Román. Desde el interior se podía oír la conversación entre el señor Román y otra persona. Martín sacó de su maleta una hoja y escribió algo en ella para luego deslizarla bajo la puerta.

“Profesor Román. Lo espero en la Av. de las Palmas No. 45 a las 2pm. La puerta estará abierta. Sé su secreto.”

El sonido de las burbujas que reventaban sin cesar en la olla donde se cocinaban las papas resonaba por toda la cocina. Sobre un mesón había varias vasijas con vegetales finamente picados y a un costado de estas había algunos frascos con diferentes aceites y salsas. En una sartén un filete de mero se doraba lentamente acentuando así su sabor y desde la entrada a la cocina el señor Román veía a Martín quien le daba la espalda.

- Filete de Mero con vegetales... ¿sabía que ese era el plato preferido del chef Ibáñez? – Le preguntó el señor Román a Martín-

- Lo sé –respondió Martín- Me pareció la elección perfecta para la ocasión, ¿no cree usted?

- Para ser usted un joven imberbe y con cara de tonto es un poco más inteligente de lo que uno pensaría –dijo el señor Román mientras que tomando un cuchillo se abalanzaba sobre Martín-

El forcejeo entre los dos fue corto y el sonido de los alimentos cocinándose se vio acallado por un grito de dolor y el distintivo sonido del

metal que golpea el suelo. Unos instantes de completo silencio, luego, el sonido seco de un cuerpo que golea el suelo.

El cuerpo sobre el suelo yacía inerte y a unos centímetros de este estaba el cuchillo untado de sangre. Detrás del cuerpo estaba Martín, parado y en shock observando.

